

aquí y AHORA

¿Crisis o expansión contenida?

El segundo trimestre del año va transcurriendo entre las quejas de las empresas por la política monetaria restrictiva que se está aplicando. Se quejan también las Cámaras de Comercio, los Sindicatos y los Bancos. Y esta quejumbre—que por partir de la Sección Económica del país se puede permitir no ser difusa como la otra, sino directa y contundente—tiene probabilidades de hacer mella en los centros de decisión política, lo que sería muy peligroso en las circunstancias actuales.

Parece perfecto que las empresas y las Corporaciones que las representan puedan quejarse y se quejen. Para eso han comprendido desde tiempos de Fernando VII lo que, por aquel entonces, se llamó "libertad bien entendida". Pero ¿se les puede hacer caso? Las empresas españolas, se dice, están descapitalizadas y no tienen capacidad de autofinanciación. Necesitan el crédito bancario y el descuento de efectos comerciales como el aire para vivir. Las restricciones monetarias actuales—depósitos del 20 por 100 previo a las importaciones, estancamiento del redescuento en línea ordinaria por el Banco de España, elevación de los tipos de interés y redescuento—las están poniendo en situación difícil.

En efecto, la autofinanciación de nuestras empresas es, lamentablemente, escasa o nula. De ahí deriva una mayor eficacia de la política monetaria que, en los países donde el grado de autofinanciación es mayor, encuentra una limitación en los movimientos compensatorios de la tesorería de las empresas. Pero ¿es verdad que, en términos generales, se encuentran en situación difícil?

Los principales indicadores del nivel de actividad permiten recoger la impresión contraria. El ritmo de crecimiento de los primeros meses del año ha sido superior al fijado como deseable en el cuadro macroeconómico del II Plan de Desarrollo. El empleo y la inversión en capital fijo se mantienen bien. Las importaciones literalmente se han disparado en el mes de abril, rozando los 480 millones de dólares, frente a los 380 escasos

de marzo, mientras las exportaciones han aumentado muy débilmente. Si nuestro comercio exterior simplemente repitiera las cifras de este primer cuatrimestre en los dos restantes, al terminar el año el déficit comercial se aproximaría a los 2.800 millones de dólares más que el año pasado.

En junio empezarán a volver a la circulación monetaria, unos 500 millones de dólares los depósitos previos a la importación, que para entonces habrán alcanzado los 30.000 millones de pesetas. A poco que se dulcifique la política monetaria actual pueden producirse elevaciones desmesuradas en muchos de los precios congelados durante dos años. Aun en las condiciones restrictivas del primer cuatrimestre, el aumento del coste de la vida ha sido bastante superior al registrado en igual período el año pasado, y el in-

dice ponderado de precios al por mayor ha crecido prácticamente lo mismo en los primeros cuatro meses de 1969, con incrementos muy fuertes en abril en los dos índices.

Se está, pues, creciendo a buen ritmo, las importaciones—y, muy significativamente, las importaciones de materias primas y semimanufacturas y las de maquinaria—están alcanzando unos niveles que pueden llevar a un desequilibrio exterior nada manejable y, sin embargo, las empresas se quejan de dificultades ante la falta de disponibilidad y el elevado coste de los créditos que necesitan. ¿Qué ocurriría entonces si las condiciones monetarias fueran más favorables?

Aunque algunos de los índices que contradicen el malestar de los medios empresariales reflejen más bien la situación de los dos o tres primeros meses del año, las cifras publicadas del comercio exterior en abril, cifras de Aduanas que recogen movimientos efectivos de mercancías y no valor de las licencias autorizadas, no admiten lugar a dudas. Y una de dos: o estas fortísimas importaciones responden a un impetuoso nivel de actividad que las restricciones monetarias sólo en parte consiguen dominar, o los empresarios están anticipando sus compras exteriores, por-

que prevén una nueva devaluación. Si se trata de lo primero, sería suicida aflojar la tensión monetaria, eliminando, por ejemplo, el depósito previo o dando mayores facilidades para el redescuento en el Banco emisor. Si lo que pasa es que los empresarios están apostando a favor de la devaluación, una política más expansiva les haría ganar de todas formas: los fáciles beneficios de una expansión sin disciplina y sin horizontes claros y las ganancias más fáciles todavía de una acumulación especulativa.

Nos inclinamos a suponer que nuestra economía se encuentra en una coyuntura pujante. Pero que las empresas españolas, tan mal acostumbradas, sólo se sienten a gusto arropadas por la inflación. Cuando las condiciones monetarias se endurecen ponen el grito en el cielo y hablan de marasmo. Pero el hecho es que un ritmo de crecimiento entre el 5 y el 6 por 100 debe considerarse excelente, dada nuestra actual estructura productiva. Cuestión diferente, en la que nuestros empresarios deberían insistir más, es que el país tenga mayores posibilidades reales de crecimiento que no pueden aprovecharse mientras los problemas estructurales no se atacan decididamente. Pero aquí, y ahora, a caballo entre mayo y junio de 1970, todo indica que si nuestras autoridades económicas ceden a la presión empresarial inauguraremos la década de los setenta con el bonito número de la devaluación, a petición del público.

Alabanza de un elogio

¿Puede un acto estrictamente académico poseer una dimensión de interés público nacional? Creemos que sí y que eso ha sucedido en el ingreso del cardenal primado en la Real Academia Española.

Le correspondía a don Vicente Enrique y Tarancon suceder a Menéndez Pidal y, por tanto, hacer su elogio. No faltaron probablemente asistentes que esperaban una alabanza diplomática, de circunstancias, para salir del paso. No hace falta recordar—sin descender a pormenores de intimidad personal—que don Ramón venía de una línea, la de la Institución Libre

de Enseñanza, no caracterizada ciertamente por su clericalismo.

El cardenal primado de España elogió, como es lógico, la valía intelectual de Pidal, y, además, con valentía que le honra, no eludió el tema de "su postura, como investigador y como hombre, ante el hecho religioso, y concretamente ante el cristianismo". Tampoco cedió el orador al fácil recurso de querer cristianizar, "velis nolis", a todo el mundo, sino que reconoció que "durante muchos años no se sentía miembro de la Iglesia. Y durante esa época realiza sus principales trabajos y publica casi todas sus obras".

Como es sabido, Pidal evolucionó positivamente hacia la fe cristiana. Pero lo que nos parece más digno de destacar son las palabras del cardenal de Toledo según las cuales "don Ramón fue dando sus pasos positivos con el mismo pudor, la misma lealtad y la misma honradez con que había mantenido en otro tiempo su postura anterior". Recordemos, para valorar más estas palabras, que no hace muchos años que se solicitó en nuestro país (con éxito desigual, pero con semejante mentalidad) la inclusión en el Índice de Libros Prohibidos—que, por cierto, ya no existe—de las obras de Unamuno y Ortega y Gasset. Todavía nos sorprenden de cuando en cuando brotes del más increíble reaccionarismo celtibérico. En contraste con todo esto, la actitud de don Vicente Enrique y Tarancon nos parece digna de todo elogio y nos hace concebir esperanzas.

Generalizando un poco, cualquiera que se asome a nuestra historia intelectual contemporánea se encontrará con hombres ilustres que fueron anticlericales, pero no antirreligiosos: Larra, Galdós, Ciarín, Ortega, Pérez de Ayala... Y no cabe duda de que su anticlericalismo estaba determinado en gran medida por la posición rigidamente intolerante y tradicional de la Iglesia española. Podemos asegurar que actitudes como la del primado que hoy comentamos hubieran frenado en gran medida el alejamiento de la Iglesia católica de tantos intelectuales españoles. Es así, y no escandalizándonos en público, como se logrará la plena y pacífica integración de las "dos Españas".

"Juan Ruiz"

El masoquismo de Fidel Castro

UNO de los objetivos hechos públicos de la revolución cubana fue "libertar al país de los peligros y las limitaciones del monocultivo de azúcar". Durante la primera época de la revolución, cuando "Che" Guevara ocupaba cargos económicos desde el Banco Nacional hasta el Ministerio de Economía, se intentó, en efecto, "diversificar" la economía cubana y crear en el país nuevas actividades, tanto industriales como agrícolas. Después, sin embargo, y esto fue un motivo de la ruptura entre Fidel y el Che, se cambió de rumbo y se volvió al monocultivo azucarero a un ritmo más acentuado que en ninguna época de la historia del país

La situación se agravaba además por otra consideración negativa. La parte del león de la cosecha de azúcar era destinada a la Unión Soviética y estimada en un mínimo anual de unos cinco o seis millones de toneladas. Aquella producción no era pagada por Rusia con dólares u otra moneda de circulación universal, sino con productos rusos: petróleo, camiones de transporte y maquinaria agrícola. Si Cuba lograba una zafra de azúcar superior a los niveles previstos, podía vender el exceso al mercado libre mundial y lograr con ello las divisas fuertes, tan precarías como necesarias. En algún año en que la cosecha fue igual o inferior a la cuota rusa, Castro intentó reducir sus envíos a la Unión Soviética para disponer de un superávit destinado al mercado mundial creador de dólares. Pero Moscú se negó siempre a ninguna concesión. Señalemos, por otro lado, que una buena parte del azúcar cubano no era consumido por Rusia, sino que era vendido a su vez al exterior.

Una cifra arbitraria

A principios del año pasado, el líder cubano lanzó una extraña consignación: la zafra 1969-70 llegará al punto más alto de la historia del país: 10 millones de toneladas. ¿Cuáles eran las ventajas de aquella decisión? "Le Nouvel Observateur", que puede ser considerado casi como el órgano de Castro en Francia, ha publicado una serie de artículos criticando aquella decisión y de los que han sido autores o inspiradores economistas franceses que fueron a La Habana para aconsejar técnicamente al líder de la revolución. La cifra de 10 millones, se le dijo, es puramente arbitraria, y no tiene relación realista alguna ni frente al mercado libre internacional ni frente a las necesidades y posibilidades humanas del país. Para alcanzar aquella cifra, ha dicho un amigo de la primera hora y defensor constante de Fidel, el escritor francés Karol, ha sido imperioso organizar militarmente la isla y renunciar a todos los postulados del socialismo progresivo. Por otro lado, la entrada de una cantidad tan considerable de azúcar en el mercado mundial causará una baja de los precios que anulará todos los beneficios posibles. Por otra parte, ¿qué pasará para la zafra del año 1970-71? ¿Se mantendrán los mismos niveles de producción—10 millones de toneladas—o se volverá a los promedios anteriores: de cinco a seis millones de toneladas?

Precio del azúcar

El acuerdo cubano-soviético tenía otros aspectos negativos: primero, el precio del azúcar en el mercado libre ha sido estos últimos años muy inferior, a veces la mitad, del precio que pagaba Estados Unidos a los exportadores hispanoamericanos, entre los cuales la Cuba anterior a Castro ocupaba el primer lugar; segundo, los precios de los productos soviéticos que servían de canje con el azúcar eran fijados por Moscú, y en opinión de Ernesto Guevara eran decididamente demasiado altos. La política de precios en sus relaciones comerciales con los países del "tercer mundo", dijo el Che en una entrevista acordada a un diario argentino, lo convierten, en aquel aspecto, en un país capitalista.

De esta forma la economía castrista era víctima de una serie de factores negativos: monocultivo del azúcar, monopolio ruso sobre su adquisición, canje a precios de intercambio decididos unilateralmente por uno de los dos clientes—Rusia, claro—, inaccessibilidad al mercado libre internacional. Objetivamente, hablando en serio, la situación era infinitamente peor que antes de la "revolución liberadora": el neoinperialismo ruso era más exigente que el norteamericano. ¿Cuál tenía que ser, en estas condiciones, la reacción de Fidel Castro?

No rectificó

Castro no sólo no contestó ninguna de aquellas preguntas tan pertinentes, sino que se encerró a sí mismo dentro de una trampa sin salida posible. A pesar de todos los avisos de que la cuota fijada—10 millones de toneladas—era imposible y además sin ninguna significación social, Castro lanzó la "teoría" de que el alcance de aquella meta arbitraria serviría para demostrar la eficacia de la revolución. "Si no llegamos a ella—dijo imprudentemente—habremos fracasado." Pues bien, no llegaron a las toneladas previstas ni tampoco a los nueve millones de que se habla ahora, cifra que es, objetivamente hablando, muy alta. Castro, incomprensiblemente, empujado por un extraño complejo masoquista, se ha derrotado a sí mismo y ha reado a su país una situación psicológica de difícil superación. ¿Por qué?

M.

BALANCE NACIONAL DE LA ZAFRA

(Semana del lunes 20 al domingo 26 de abril)

	Cifras Millones de Aduanas	Antes de 66* Toneladas Métricas
LUNES 20	32,7	46,709
MARTES 21	34,2	47,155
MIERCOLES 22	34,1	48,246
JUEVES 23	35,8	48,133
VIERNES 24	34,7	47,958
SABADO 25	34,6	47,951
DOMINGO 26	33,3	47,789
ACUMULADO	5,332,4	6,509,986

* Se incluyen ajustes por TM reportados de más o dejados de reportar.

